El hombre latinoamericano 500 años después

Arturo Uslar Pietri
Venezuela
Manuel Caballero
Venezuela
Darcy Ribeiro
Brasil
Leopoldo Zea
México


Arturo Uslar Pietri

Debemos asimilar el pasado y aceptar su identidad para saber quiénes somos

Procuraré actuar como alguacilillo en las corridas de toro, para pedir la llave para abrir el toril, lo malo es que voy a tener que enfrentarme un rato con el toro.

Estamos en vísperas de varias fechas cabalísticas, estamos en vísperas del siglo XXI, estamos en vísperas del Quinto Centenario del Descubrimiento de América, de lo que yo llamaría el Medio Milenario del Nuevo Mundo, estamos en vísperas del Bicentenario de la Revolución Francesa, y estamos en vísperas de una fecha mucho más ominosa y que induce a cierto temor, el Tercer Milenario de la Era Cristiana.

Todo esto hace que tengamos un poco la impresión que tuvieron los hombres del año 1000, que se estaba llegando a una especie de encrucijada del tiempo y de la Historia, sólo que con una diferencia, que ellos pensaban que el mundo se iba a acabar de manera sobrenatural y nosotros pensamos que el mundo se puede acabar de manera natural, o no tan natural, pero el resultado es el mismo.

En ese panorama cabalístico que invita a la interrogación, a la introspección y a la reflexión, ¿dónde estamos los latinoamericanos? Estamos un poco congelados y detenidos en nuestros viejos fantasmas y en nuestras viejas contradicciones. Todavía nos estamos preguntando —yo creo que es nuestra característica más generalizada— ¿qué somos? Yo no creo, que un italiano se pregunta ¿qué somos? No creo tampoco que se lo pregunte un chino, creo que ni siquiera un norteamericano se lo pregunta, pero nosotros

no hemos hecho otra cosa, por lo menos en los últimos 200 y tantos años, que preguntarnos qué somos, y esta es la fecha en que no tenemos respuesta definitiva. No hemos logrado ni resolver nuestras contradicciones ni, lo que es peor, reconciliarnos con nuestra Historia, cosa que es muy grave. Es posible que se deba a que no tenemos en este ensayo sino cinco siglos. Los europeos, desde luego, que pasaron por etapas parecidas a las nuestras, ya han absorbido los choques del Imperio Romano y la invasión de los bárbaros, y eso para ellos ya es un horizonte remoto y casi olvidado, mientras que nosotros estamos todavía en gritarle viva o muera a Moctezuma o a Hernán Cortés.

Todo eso tiene sus aspectos positivos, desde luego, indica en nosotros una sensibilidad muy peculiar de la Historia que forma parte de nuestro ser, pero tiene también unos efectos muy paralizantes y negativos. Mientras nosotros no nos reconciliemos con nosotros mismos, y mientras no asimilemos nuestro pasado va a ser muy difícil que podamos entrar con pie seguro en el futuro. Esta pregunta de ¿qué somos? —que es una pregunta básica para saber qué podemos hacer— sigue en pie.

Eso tiene que ver con muchas cosas, desde luego, y fundamentalmente con la Historia. Se ha armado, por ejemplo, un debate a ratos que parece ridículo pero que revela en el fondo un hecho cierto, la duda y la vacilación sobre nuestro propio ser. ¿Preferiremos hablar de descubrimiento, o debemos hablar de encuentro, o debemos hablar de otra cosa? Yo creo que lo que empezó a ocurrir hace 500 años no fue un descubrimiento. Claro que lo fue originalmente, pero el descubrimiento se agotó en 10 años. A los 10 años de descubierta América ya se sabía que existía, y los indígenas sabían que había otro mundo que había llegado a su vieja tierra y que había creado unas circunstancias nuevas. Eso es evidente. Hubo una conquista, evidentemente, y se cerró en 50, 60 o 70 años. Hubo el comienzo de la estructura de una nueva sociedad, pero ese proceso que empieza el 12 de Octubre no terminó ni termina. Ese proceso tiene un nombre y yo creo que eso es lo que vamos a celebrar el 12 de Octubre, son los 500 años de la Creación del Nuevo Mundo. Es muy importante esa frase, que tan espontáneamente le brotó a los primeros cronistas, y a los que primero escribieron sobre esa exploración, por ejemplo, a Vespucio, que habla del Nuevo Mundo, a Pedro Mártir, que habla del Nuevo Mundo. Esa palabra se tomó y se retomó, significó originalmente que se había encontrado una Tierra Nueva, como decían ellos en su lengua pintoresca, de islas y tierras nuevamente encontradas, o *novamente trovate*, pero el hecho es que allí comenzó una experiencia humana

distinta que es lo que le da su riqueza al hecho latinoamericano y la que le crea su problema.

¿Por qué empezó una experiencia distinta? Por muchas razones. Primero porque siempre nos fue muy difícil percatarnos de la realidad en que estábamos. No es una peculiaridad nuestra, lo que más trabajo nos cuesta a los hombres es la realidad. Los hombres somos como una linterna mágica que estamos constantemente proyectando una imagen que tenemos adentro hacia afuera y eso nos impide ver lo que está afuera, lo deformamos, es decir, en cierto modo, los hombres no creemos encontrar sino lo que estamos buscando y eso nos impide muchas veces darnos cuenta de que hemos encontrado otra cosa. Cuando se descubre América y cuando empieza el primer contacto de los europeos, aunque sea hecho nuevo, empiezan a surgir las deformaciones, desde la Carta de Colón hasta las Cartas de Vespucio, hasta la Utopía de Moro, los europeos se empeñaron en que habían encontrado algo que no era lo que habían encontrado sino una cosa distinta. En primer lugar creyeron que habían llegado a Asia, no era verdad, venían con una serie de imágenes neoclásicas en la cabeza de que existía el Reino de las Amazonas y creían que habían llegado allí, creían que habían llegado a las tierras del Preste Juan de las Indias, por eso los indios americanos se llaman indios, han podido llamarse chinos también, con iguales falsedades geográficas y humanas, y posteriormente Colón piensa que ha visto las tierras del Paraíso Terrenal. De modo que todos los viejos mitos tradicionales de la Edad de Oro, del Paraíso Terrenal, de las Amazonas, es lo que creen ellos que han encontrado en América, es la primera deformación visionaria, de la cual nosotros no nos hemos repuesto enteramente, porque somos los herederos de una cultura con sus mitos y sus deformaciones.

Pero aparte de esas deformaciones y de esas visiones, empieza a ocurrir un gran drama humano en el continente latinoamericano, un drama que en Europa se dejó de representar muchísimos siglos antes, y que con esa intensidad y en esas dimensiones no se representó en ninguna otra masa continental del mundo, y fue la interacción de tres grandes actores culturales. Existía una población indígena que estaba dividida en sectores de desarrollo muy distintos, desde los indígenas del Caribe que estaban en una etapa de recolectores y de agricultores primitivos, hasta las grandes civilizaciones mayas, meshicas e incas que habían alcanzado un grado de desarrollo extraordinario. A este propósito yo recuerdo siempre una frase muy ingeniosa y muy verdadera de un etnógrafo francés que decía que si a alguien se le hubiera descrito el panorama

de lo que era el continente americano antes de la llegada de los europeos y les hubiera preguntado si era posible desarrollar una gran civilización sin escritura, sin rueda, sin hierro, sin bestias de carga, hubiera respondido indudablemente que no era posible. Sin embargo, fue posible. Los indígenas americanos lograron ese milagro de hacer grandes civilizaciones con todas esas carencias que parecían limitantes absolutos imposibles de vencer.

Eso que se encuentra en América, ese personaje que está en América y que no es uno sino muchos, porque las situaciones culturales de los indígenas americanos eran tan distintas como las que puede haber entre un asiático y un europeo, no tenían comunidad de cultura, no tenían comunidad de lengua, no tenían casi comunicación entre sí, estaban aislados completamente. Allí se presenta entonces el europeo, ¿quién es el europeo que se presenta? El español del siglo XVI, que era una forma de una cultura y de la cristiandad europea muy característica. Ese hombre viene con sus visiones, con sus proyectos, que no se ajustan a la verdad, y ese hombre va a entrar en contacto con esas gentes que él no conoce, que primero cree que son asiáticos, después se va dando cuenta que no lo son, llega a adquirir la noción final de que está frente a una masa continental nueva y que nunca había sido conocida por las otras poblaciones de las otras masas continentales, y empieza a tratar de evaluar, y de asociarse y de incorporarse a ellos. Pero allí ocurre un hecho que es muy importante, la Iglesia dice que se va a celebrar el V Centenario de la Evangelización, es verdad, pero es una evangelización muy *sui generis*. Esta es otra de las cosas que damos por asentada y no nos damos cuenta.

Cuando los primeros españoles llegaron al continente americano, las estimaciones de población dan un total que va desde los 12 hasta los 20 millones de habitantes. Estaban divididos en más de 200 o 300 lenguas distintas, estaban divididos en comunidades aisladas, con lenguajes distintos, con culturas distintas, con niveles mentales distintos. Ese personaje que estaba allí lo van a interpretar y a ver de distinto modo los españoles, y lo van a ir viendo paulatinamente, porque van a conocer poblados de los indígenas de las Antillas, luego las grandes civilizaciones meshicas y luego, más tarde, las andinas.

Esos personajes que van a entrar allí en contacto representan mundos distintos, pero cuando estos españoles llegan han podido tener dos opciones, una que yo por comodidad la llamaría una colonización a la inglesa, que ha podido ser muy inteligente, pero con consecuencias muy graves, que hubiera sido respetar las religiones, las lenguas y las culturas indígenas, establecer los sistemas

de su dominio político, económico y militar, y construir su pequeña iglesia cristiana, donde ellos irían los fines de semana a cumplir las ceremonias de su culto y dejar lo demás igual. Si eso hubiera sido así hubiera podido ser inteligente desde un punto de vista de técnica colonial, pero México y el Perú hubieran sido dos especies de Indostán, es decir, unos países con una vieja civilización, con un viejo lenguaje, con una religión probablemente modificada a la que se le hubiera quitado los ritos sangrientos, pero que hubiera estado fuera de la comunidad del mundo occidental. Sin embargo, los españoles hicieron la salvajada creadora, cataclísmica, de tomar la decisión de cristianizar a la fuerza a aquella población indígena, y la hicieron cristiana en 50 años, y eso explica por qué los indígenas mexicanos, que mantienen una vieja tradición cultural, no adoran a Huitzilopochtli sino a la Virgen de la Guadalupe, de una manera muy distinta a como los cristianos europeos, italianos, o franceses, o españoles visualizan su cristianismo, pero es un cristianismo. Y eso hizo un milagro muy curioso, y es que en la primera generación los hombres nacidos en América, los indígenas, se hicieron descendientes de Abraham, hermanos en Cristo de los españoles, y adquirieron una lengua común de cultura. Eso no ocurrió en ningún otro continente.

Esa imposición cultural crea un hecho nuevo cultural irreversible, y eso explica por qué cuando cesa el Imperio Español no ocurre lo que ocurrió en la India cuando se fueron los ingleses, ni lo que ocurrió en Africa cuando se fueron los europeos, no refloreció una cultura anterior con unas lenguas anteriores, con unas costumbres y con unas estructuras tribales anteriores, sino que siguió una sociedad nueva y distinta, que ya no era Europa, que ya no era tampoco la indígena, que era aquello que Simón Bolívar dijo, muy simbólicamente, e inteligentemente: «no somos españoles, no somos indios, somos otra cosa», decía él, «somos una especie de pequeño género humano». Y esa es la realidad.

Pero es que hay otro tercer personaje al que tomamos muy poco en cuenta, que es el negro. Después de la población indígena, la presencia humana más numerosa en el Nuevo Mundo fue la negra. Entre el siglo XVI y el XIX, llegaron a América entre 8 y 12 millones de africanos, no llegaron los españoles a representar en América ni la décima parte de esa cifra, no llegaron todos los europeos a representarla, los únicos que podían compensar esa masa humana eran los indígenas. ¿Quiénes eran esos africanos? Eran representantes de las más variadas culturas, porque Africa no es una unidad cultural ni lo ha sido nunca, incluso se está seguro de que vinieron africanos musulmanes, pero en fin venían con cultu-

ras tribales de muy distinto origen, con lenguas distintas, a incorporarse en ese masacote, en esa mezcla en la que se hicieron cristianos, en la que hablaron español o portugués, en la que se incorporaron a la herencia hispánica de la tradición romano-griega-hebrea, para entrar a formar esa especie de olla podrida que es el gran proceso del mestizaje cultural hispanoamericano, que es el hecho fundamental que nos distingue.

La palabra mestizaje tiene una mala connotación, viene de los viejos prejuicios raciales y por lo tanto tenía una especie de connotación de inferioridad. El mestizo era el que no era de sangre pura, como si hubiera alguna sangre pura en alguna parte. Por lo tanto, decirse mestizo era una especie de aceptación de inferioridad. Pero es que hoy en día reconocemos que el proceso que ocurrió en la América española no fue solamente de mestizaje de sangre, en inglés no hay palabra equivalente a mestizo, por ejemplo, se dice *mixed blood*, de modo que fuera de la mezcla de sangre no hay otro mestizaje. Sin embargo, el más importante es el cultural, los hombres somos lo que somos por la cultura. Yo siempre he dicho que si se toma a dos gemelos recién nacidos y se manda uno para Zaire y otro para Suecia, al cabo de 20 años uno es un sueco y el otro es un africano, independientemente de su sangre. Eso es lo que nos distingue a los hombres, no la sangre que tengamos o que hayamos heredado del abuelo tal o del abuelo cual, sino el medio cultural, el caldo cultural en el que nos hemos hecho y que constituye una especie de segundo sistema nervioso.

Ese africano que llega no es solamente un esclavo que desempeña un papel muy importante en el desarrollo económico —toda la economía de plantación, la industria del azúcar, se hizo a base del trabajo esclavo africano— sino que fue un elemento cultural extraordinario. Hubo una pedagogía negra en América Latina que no ha sido apreciada. Ciertamente los africanos no vinieron con libros, ni con imprentas, ni con escuelas, pero venían con una cultura oral en la cabeza, con diferentes culturas orales, venían de distintas regiones culturales. Y esos seres que llegaron empezaron a ser los principales educadores porque en toda la extensión de la América Latina los niños de la clase alta, o de la clase dirigente, al nacer se les entregaba a una aya negra analfabeta, que tenía una cultura africana en la cabeza, ritmos, cantos, consejas, proverbios. Hoy en día sabemos que entre cero y cinco es la época en que el ser humano recibe las impresiones más formativas. En esos primeros cinco años los hijos de la clase dirigente de la América Latina tuvieron una pedagogía negra profunda.

El caso de Simón Bolívar es ejemplar. Bolívar fue huérfano de

padre a los tres años y huérfano de madre a los nueve y quien lo crió, lo amamantó y le enseñó toda una pedagogía negra fue una esclava, la negra Hipólita. En carta muy hermosa para su hermana María Antonia que escribe desde el Cuzco, después de Ayacucho, le dice: «ayer recibí carta de mi madre Hipólita, dale lo que pida, porque yo no he conocido otra madre que ella». Supongo que Bolívar recibió una pedagogía negra muy importante aunque posiblemente no tuviera —cosa que no lo afecta ni en bien ni en mal— sangre negra, pero tenía algo de espíritu negro, una herencia cultural negra. Y eso entró en el mestizaje cultural de la América Latina.

La América Latina ha sido el producto de ese proceso de mestizaje cultural que hace que nosotros seamos hoy una cosa muy particular, nosotros somos Occidente, estamos hablando una lengua occidental, aquí estamos viviendo jurídicamente la herencia del Derecho Romano, aquí estamos viviendo como cristianos, de modo que somos Occidente, no somos otra cosa, pero no somos Occidente como lo son los europeos ni como lo son los norteamericanos, lo somos de una manera peculiar y distinta. Y posiblemente eso nos da un papel muy importante que —aquí tenemos políticos eminentes del mundo entero— yo siempre he pensado, y es que la América Latina es el único puente natural entre el Primer y el Tercer Mundo, pertenece culturalmente al Primer Mundo y pertenece por otros muchos aspectos muy importantes, sociales e históricos, al Tercer Mundo. En este momento de confrontación Norte-Sur, hay un puente natural que es la América Latina, que es donde se ha podido realizar ese hecho único de que pertenezcamos a la cultura occidental, pero de otro modo. Con una peculiaridad que es nuestra originalidad y nuestra base creadora.

De modo que ese proceso de mestizaje cultural es el que nos ha hecho y el que nos da nuestra contradicción, porque nosotros tenemos, igualmente, una especie —y esto es muy interesante— de pecado original que no hemos logrado resolver. El cristianismo introdujo una idea que no tuvieron los antiguos, de que en el origen del hombre había un pecado gravísimo que no se podía purgar, ni salvar, sino con muchos esfuerzos y sacrificios, que era el pecado original, la caída de Adán, que tuvo que venir Cristo para tratar de redimirla.

Nosotros tenemos un pecado original que es la Conquista. Eso que decía yo hace un instante, la figura simbólica de Cortés o Moctezuma. Pues bien, esa contradicción es la que no hemos logrado asimilar. Nosotros tenemos un pecado original que no hemos logrado exorcizar, y a estas alturas, todavía, no hemos podido acep-

tar a Cortés y a Moctezuma juntos. Tenemos que aceptarlos a los dos porque nosotros somos Cortés y Moctezuma juntos, están en nuestra mente, en nuestra herencia cultural los dos, y son inseparables, como son inseparables nuestro padre y nuestra madre.

Esto requiere de nosotros una reflexión nueva para tratar de entender qué somos finalmente, porque mientras no aceptemos ese pasado, no lo demos por asimilado y nos estemos deteniendo en las características atroces que tuvo, no vamos a poder seguir adelante. Toda creación de mundo ha sido cataclísmica. La creación de Occidente es una lista de horrores monstruosos; ya los europeos la absorbieron. La cristianización de Europa fue una serie de crímenes horribles, la romanización de Europa fue también una serie de crímenes horribles, la invasión bárbara fue una serie de crímenes horribles, pero los europeos las asimilaron. Yo me imagino que a un italiano no lo trasnocha saber quiénes eran mejores, si los romanos o los bárbaros, porque desciende de los dos.

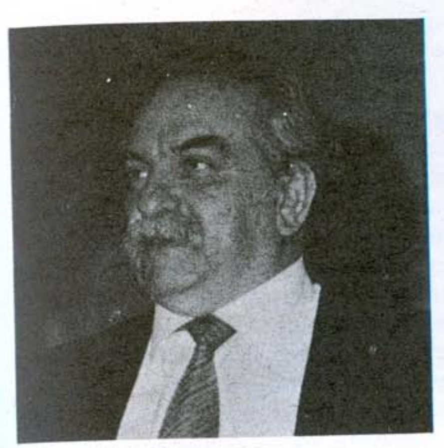
Pero en cambio nosotros no, nosotros no hemos logrado hacer la paz con nosotros mismos. Los astrofísicos nos han dicho que el universo se creó con una inmensa explosión, nosotros nos criamos con una explosión también, pero tenemos que aceptarla, vamos a ponernos en este momento histórico en que ya eso pasó, y lo tenemos dentro de nosotros mismos y forma parte de nuestro ser, y vamos a proyectarnos hacia el futuro.

Yo digo que la América Latina en la víspera del siglo XXI, del Tercer Milenio, o del Quinto Centenario del Descubrimiento, tiene dos tareas fundamentales si es que quiere hacer un papel importante en el futuro.

En este momento el mundo es el escenario de grandes concentraciones de poder transnacionales o supranacionales, que se han hecho todas sobre una base cultural, la de los pueblos anglosajones sobre la base cultural de sus valores y de su lengua. La de los pueblos eslavos sobre una unidad de concepción política que puede ser modificable pero que fue eficaz, que existió hasta hoy. La de los pueblos asiáticos que va a venir, la de la Comunidad Europea que ya es un hecho. ¿Cómo podríamos los latinoamericanos cruzarnos de brazos cultivando esa especie de complejo de Edipo, esa limitación espiritual de no estar de acuerdo con el abuelo indio porque preferimos al abuelo español, o no estar de acuerdo con el abuelo español porque preferimos al abuelo indio, cuando los tenemos a los dos adentro? Nosotros tenemos que, para poder hacer un papel, en primer lugar aceptarnos como somos, reconciliarnos con nosotros mismos, dar por bueno nuestro pasado y no repudiarlo, y con eso proyectarnos al futuro. De modo que las dos tareas

que tiene la América Latina, muy importantes, son, en primer lugar, la de asimilar el pasado y aceptar su identidad para saber quiénes somos y dar por bueno quiénes somos. El segundo paso sería fácil darlo, sería la integración de pueblos de una inmensa comunidad cultural y de una tradición histórica propia.

Con esas dos condiciones podemos entrar en el siglo XXI y más allá en un pie significativo y de poder frente a las otras grandes concentraciones de poder del mundo. Ese día estaríamos cumpliendo el sueño de nuestros mejores hombres, que vieron muy claro que debíamos integrarnos o perecer, y debemos hacerlo no copiando servilmente ideologías que, gracias a Dios, están en crisis todas ellas, sino aceptando y enfrentando las realidades que no hemos querido ver por mucho tiempo. Todavía estamos buscando Amazonas y todavía estamos buscando paraísos terrenales, aceptando los hechos para, entonces, a la luz de ellos, hacer lo que decía un venezolano ilustre que es Simón Rodríguez, que decía: «La América Latina es original, por lo tanto no debe copiar». Y añadía esta frase: «O inventamos, o erramos».



Manuel Caballero

¿Cuál hombre latinoamericano? ¿Quinientos años después de qué cosa?

Lo primero que conviene preguntarse al encarar los problemas del tema, es qué sentido tiene el planteamiento mismo: «El hombre latinoamericano quinientos años después». ¿Cuál hombre latinoamericano? ¿Quinientos años después de qué cosa? Porque ligar ambas no solamente implica un retorcimiento de la historia, de su sucesión *événémentielle*, sino también una toma de posición relativa a una cierta forma de ver los procesos históricos.

Hablar del hombre latinoamericano quinientos años después indicaría que él existe desde el momento mismo en que Colón pisó la tierra de aquella isla hoy todavía inciertamente identificada, y no creo que haya un historiador serio capaz de sostener semejante despropósito. Pero además, la idea misma de un «hombre latinoamericano» plantea varios problemas. El más general de todos es si es posible una individualización o una concentración de sus rasgos atravesando medio milenio de historia. Hablar hoy del «hombre europeo» ya presenta espacialmente los problemas que todos conocemos, y que han hecho tan dificultoso el proceso de su integración, en el buen milenio que va de la Europa carolingia al horizonte actual de 1992. Igual cúmulo de problemas, si bien de naturaleza diferente, se presentarían temporalmente al hablar del hombre latinoamericano: la distancia que hay de Francia a Alemania, o de España a Inglaterra, podría separar al habitante de nuestro continente en el siglo XVIII y en siglo XX. Agréguese a esto un planteamiento que ya lleva su buen siglo de haber sido hecho: si es posible hablar de ese «Hombre» con mayúsculas, esa especie de pe-

queño dios laico nacido en el siglo XVI y que llegó a la edad adulta en el siglo XVIII. Para hablar exclusivamente en términos espaciales, con toda la falta de rigor que semejante tratamiento podría implicar, véanse las dificultades que presenta hablar del «hombre norteamericano» homogeneizando características de los habitantes de la costa oeste y de la costa este con las de la inmensa faja que las separa. Y eso sin hablar de los obstáculos que enfrentaría quien pretendiese extraer un presente «hombre norteamericano» de un todavía no emulsionado *melting pot* donde habrían ingresado para mezclarse los Cabot Lodge de Nueva Inglaterra y los Julián Nava de la comunidad chicana, y los hijos de los esclavos con los hijos de los negreros.

Con todo, el mayor problema que presenta el título de esta reunión es que tomarlo al pie de la letra es aceptar una concepción lineal de la historia, una simple sucesión cronológica de esas que en algún momento enfrentan al historiador a un abismo, porque ella lo obliga a la incomprensión del hecho de que la historia no sólo conoce de continuidades sino también de momentos de fractura profunda. Pero además, y esto sería la tentación en un momento de dificultades como el que atraviesan hoy los países de América Latina, podría conducir a proyectar hacia el pasado las preocupaciones, las tensiones y los terrores del presente. Hacer un bloque de nuestra historia con este punto de partida, lleva casi insensiblemente a enfrentar el futuro en las peores condiciones posibles, con la mentalidad del derrotado permanente. Por supuesto que no estamos planteando en manera alguna reescribir la historia para darle curso al optimismo, pues esa sería una actitud igual, casi podríamos decir simétricamente mentirosa. Lo que queremos decir con todo esto es que aceptar sin crítica el planteamiento que da su título a esta discusión, es aceptar igualmente una forma particular del uso del pasado en el presente, y tal vez sobre todo aceptar una forma particular de la vieja relación que hace la historia, la relación entre vencedores y vencidos.

No es imposible que todos nosotros hayamos pensado, repetido o cuando menos leído el *truismo*, según el cual la historia la escriben los vencedores. Cuando, a partir del siglo XVIII, comiencen a separarse las aguas y algunos países inicien un desarrollo material impetuoso dentro de los moldes de la economía capitalista se ha planteado una nueva separación entre vencedores y vencidos, se ha escrito una nueva historia de los vencedores sobre los vencidos en la lucha por el enriquecimiento, lucha que no ha sustituido la guerra sino que la ha puesto a su servicio; y que en el último medio siglo la ha hecho si no innecesaria y ni siquiera ausente, por

lo menos postergable gracias al terror que produce la imaginación de un desencadenamiento entre potencias que han acumulado un tal número de armas de destrucción masiva.

Dentro de los moldes de aquella forma de ver y de escribir la historia de las sociedades, América Latina tiende a ser señalada como el derrotado absoluto. Porque una historia de milenios hace posible ver a los diversos pueblos europeos, a los diversos pueblos asiáticos, y también a los diversos pueblos árabes viviendo períodos alternos de esplendor y de miseria, de dominación y de sometimiento. En cambio los quinientos años que van de 1492 hasta ahora serían iniciados para América Latina con una pavorosa derrota, continuados con la peor de las colonizaciones posibles, idos en sangre y frustración con la República para culminar con un presente de debilidad económica, atraso social e inseguridad política. Viendo las cosas así, el hombre latinoamericano se presentaría «500 años después» como el producto de sucesivos fracasos, de sucesivas derrotas y, por lo tanto, todos los caminos habrían de conducir al pesimismo como la única actitud valedera y realista.

Plantearse así la historia latinoamericana, medirla con los raseros del fracaso o del triunfo, reflexionar sobre ella con actitud pesimista u optimista es encerrarse en un falso dilema. Ya aludimos antes a los problemas de la historia lineal como los de escribirla con el único prisma del presente, o de un momento particular, una situación particular del presente. Pero además, aquel falso dilema es producto también de una concepción de la historia «nacional» e incluso «continental», la que opone en bloque grandes conjuntos geográficos y humanos y en este caso, busca oponer «América Latina» y «Norteamérica» como totalidades. Lo más curioso de esto es que esa actitud sirve por igual a quienes oponen la imagen de una América triunfante a la de una América derrotada, y a quienes ven mejor eso en términos de una América explotadora y una América explotada. Dicho en otros términos, sirve por igual a quienes proponen una visión leninista de la historia de nuestro siglo y a quienes, hoy tal vez con más éxito que nunca, se oponen a las tesis y por supuesto a la acción leninistas. Ambas desembocan sin embargo en el catastrofismo y el pesimismo, ambos se atascan en el falso dilema.

No se trata sólo de la historia americana. Hablar de cualquier historia de medio milenio como la de un triunfo o un fracaso sugiere una totalización que nunca tiene mayor sentido. Si algún historiador escribió en 1945 sobre «el fracaso de Europa» entre las terribles ruinas de la guerra mundial, hoy sería muy fácil burlarse de él, pero es igualmente lícito hacerlo con quien tuviese tendencia

a hablar de «la Europa triunfadora» a la luz de su presente prosperidad económica.

En el cuadro de esta exposición lo que interesa es esa oposición entre la América triunfadora, en la cúspide de su dominación, y la América Latina vencida, lanzada al basurero de la historia del «Tercer Mundo». Si oponemos los dos conjuntos en bloque, nada tenemos que buscar: no sólo somos los vencidos, sino que todas las perspectivas son de que lo sigamos siendo por los siglos de los siglos. Pero si trazamos una línea vertical para dividir esa historia, las cosas se presentan de una manera un tanto diferente. El triunfo norteamericano es una victoria de sus clases dirigentes (no estamos hablando solamente de clases sociales, sino también de sus *élites* políticas y culturales), pero ese triunfo presente no debe servir para ocultar, o para olvidar no solamente que él está hecho, como todas las historias, de caídas y recuperaciones, sino la inquietante magnitud, el inquietante número de sus derrotados presentes. No queremos que se tome esto como el señalamiento de taras ajenas para ocultar las propias, ni muchísimo menos como un consuelo de tontos ante la extensión de los males, sino como un intento, una proposición, de mirar la historia común trascendiendo o por lo menos evitando su encierro dentro de los puros límites nacionales. No pretendemos tampoco negar la evidencia, o sea que esos límites existan, ni tampoco que exista una historia allí confinada. Pero de igual manera postulamos que no sea lícito aplicar en la visión de nuestras sociedades dos pesos y dos medidas: que se piense y hasta se diga que en una sociedad, o en un proceso histórico dados haya habido sólo vencedores y en otros sólo vencidos, cuando lo que en verdad sucede es que, al igual que en toda guerra, en todo conflicto, en toda lucha, ha habido allá como aquí vencedores y vencidos.

No se vea esto como una proposición aplicable sólo a la historia social, o si se prefiere, a la historia de las luchas sociales. Tampoco en el terreno político el desarrollo histórico presenta esa progresión lineal sistemática hacia el triunfo de unos y el fracaso de otros en el momento presente. ¿No conoció acaso Europa occidental después de la Primera y hasta el fin de la Segunda guerras mundiales una de las regresiones más rotundas de la historia? ¿Acaso su situación actual con su libertad política y la amplitud de la democracia no tuvieron como antecedente una situación que, unas con otras, se prolongó por dos décadas, desde la marcha sobre Roma hasta la caída de Berlín? ¿No medió, no tuvo que mediar entre la situación actual y aquella la guerra más pavorosa que hubiese conocido la humanidad? Aún hoy, ¿está libre Europa de todo peli-

gro, está enterrado definitivamente ese Wotan que Karl Jung veía aparecer siempre desde el Valhala o acaso desde las profundidades terrenales de la historia para negarla, para rehusar que el tiempo pasa, para rechazar su progresión en nombre de quién sabe qué mito? Esta última podría parecer una pregunta puramente retórica. Pero es que nadie en estas tierras parecía hacerse una similar entre las dos guerras. En 1936, cuando murió Juan Vicente Gómez, los venezolanos gustábamos repetir ingenuamente que nuestro país había entrado en el siglo XX. Ese siglo XX en que estábamos pensando era el europeo, pero su reloj ya conocía de atrasos: Mussolini tenía catorce años en el poder, Hitler tres. Tres años más tarde, Franco terminaba de aplastar la Segunda República española.

No hemos hecho todo el desarrollo anterior con el solo objeto de contrariar esta idea de que pueda haber un hombre latinoamericano quinientos años después. Es que creemos que no tendría ningún sentido encararla como un simple ejercicio historiográfico: ¿qué sucedió en los últimos quinientos años en la vida de este continente? ¿cómo hemos llegado a ser lo que somos? ¿de qué manera somos «latinoamericanos quinientos años después», etc.? No. Esta consideración no la estamos haciendo en cualquier momento, sino en el de la asunción de un nuevo mandatario o cuando menos de un nuevo mandato. Y la estamos haciendo también en un momento particular de la historia latinoamericana, cuando nos encontramos en lo que no sería pura metáfora llamar el ojo del huracán de la crisis de la deuda externa. Cuando se inicia una nueva etapa en la historia de un país, así sea marcada por un acontecimiento que allí va haciéndose adjetivo si no banal como una transmisión de mando con arreglo a ciertas normas constitucionales, uno tiene tendencia a preguntarse qué va a ser de nosotros ahora. Cuando la situación es tan complicada como la que enfrentamos, también la tentación es grande de ver el proceso de nuestra historia como el de una caída sin *ricorso*. Es innecesario poner el acento en lo negativo de pareja actitud, de semejante manera de ver las cosas. Pero negativo y todo, sería una inenarrable tontería ocultársela si ella correspondiese a la realidad. Pero es lícito preguntarse si ella corresponde derechamente a la realidad, si estamos a punto de trasponer «el umbral del siglo XXI» prácticamente desnudos. Porque nuestra historia no está hecha sólo de fracasos y de frustraciones, como por lo demás la de ningún pueblo. Si abandonamos la idea de verla linealmente, mirándola en forma diferente a la que nos proponen los grandes segmentos cronológicos de la Conquista y Colonización, la Independencia y la República, encontraremos

nuestras propias realizaciones y si tenemos el coraje y la responsabilidad política de asumirlas, podemos encontrar allí el pie para nuevos desarrollos.

En primer lugar, nuestra integración cultural se ha dado en términos y condiciones tales, que la hacen diferente a aquellos procesos donde ella se ha basado en el exclusivismo racial y el trasplante de pueblos. Que no se tome esto como un intento de presentar una imagen idílica de la historia latinoamericana. El exclusivismo racial, el exterminio de pueblos y la exclavitud han existido y continúan marcando de una forma u otra el presente de nuestras sociedades. Pero con todo eso, nuestra población es una de las mejor integradas culturalmente, al punto de que hoy podamos ser distinguidos fuera de nuestras fronteras con relativa facilidad. Pero lo más importante es que las tensiones culturales, los enfrentamientos raciales si no son completamente desconocidos, no tienen la agudeza ni el carácter irreconciliable que se percibe en otros países, aun en aquellos tan adelantados que una división facilista, pero por eso mismo popularísima, coloca en el Primero y Segundo mundos. Si hacemos un corte diferente en nuestra historia, encontraremos los momentos y las formas en que eso se dio y estableciendo comparaciones podremos ver cómo y cuándo nos fuimos adelante de otras sociedades que por otros respectos nos habían sobrepasado.

En segundo lugar, nuestra integración nacional. Tomemos las guerras entre nuestras repúblicas desde que se rompió el nexo colonial español y comparémoslas con las guerras en Europa y los mismos Estados Unidos durante el mismo lapso: ¿son comparables, guardando por supuesto las proporciones, nuestros conflictos fronterizos e incluso las guerras del Chaco con la Guerra de Secesión o cualquiera de las guerras europeas del siglo XIX o del XX? En Venezuela hemos oído en tiempos recientes algunos alzamientos de voz por cuestiones de fronteras, pero la sangre nunca ha llegado al río: el sentimiento, el peso de una historia común ha jugado un papel positivo aquí y en otros países latinoamericanos, como ha sido el caso de Argentina y Chile. Por supuesto que el proceso de nuestra integración no será nada fácil, pero no lo ha sido en ninguna parte: los particularismos nacionales son vivaces y se opondrán siempre a ella, incluso cuando ya sea una realidad, un hecho incontrovertible. Pero, tal vez, en ninguna parte como en América Latina hay condiciones para que sea aceptada popularmente esa idea de integración.

En tercer lugar, nuestras sociedades son profundamente democráticas. Lo que queremos decir con esto es que si algún hilo con-

ductor puede tener la historia, y en este caso la historia política, en América Latina se podría señalarlo en un combate permanente por esa democracia que el pensamiento liberal equilibraba con el peso de la lucha por la libertad y la lucha por la igualdad. Jamás las sociedades latinoamericanas han soportado pasivamente la ausencia de la una y de la otra. Durante muchos años, como la guerra fue la respuesta permanente a cualquier reto político, en ella fue fácil confundir y señalar el enfrentamiento puramente personal con el deseo más generalizado de participación política. Pero la vivacidad del sentimiento democrático ha hecho que la gran mayoría de los tiranos de la América española haya evitado la tentación de sustituir la forma republicana de gobierno: el personalismo no ha derivado en monarquismo.

No puedo extenderme más, y es por eso que debo cerrar esta enumeración posiblemente más larga: el límite que nos hemos fijado está ya enfrente. Pero quisiera dejar claro que no me he propuesto en absoluto presentar una visión beatamente optimista de nuestra historia, por mucho que la tentación pudiese haber sido grande frente a quienes escogen, acaso sin saberlo, sin proponérselo y en todo caso sin decirlo, el camino diametralmente opuesto. Tampoco estamos pretendiendo que la historia, «maestra de la vida», que dice el viejo lugar común, nos da sus lecciones con la claridad y la precisión de un profesor formado en la escuela cartesiana. Sobre todo, que quede claro que no pretendemos que la historia, por ella misma, nos imponga y ni siquiera nos proponga el optimismo o el pesimismo. No pretendemos suponer que ella guíe nuestros pasos por un sendero que sólo ella conoce y tiene trazado cuidadosamente. De la historia sólo extraeremos las lecciones que nuestra responsabilidad política nos imponga extraer para hacer nuestras propias escogencias, plantearnos nuestros propios retos y vencer nuestros propios obstáculos. Para conocer nuestras derrotas y evadir así sus peligros, y nuestras victorias y apoyar allí el nuevo impulso. El impulso que nos permita plantear el tema en nuevos términos: «El hombre latinoamericano quinientos años antes».



Darcy Ribeiro

La causa de nuestro atraso está en la mediocridad de nuestra clase dominante

Nuestro tema es América Latina 500 años después o sea América Latina hoy. ¿Qué es América Latina 500 años después? Somos nosotros, 500 millones de latinoamericanos. Esta es la gran hazaña de Iberia, de España y de Portugal, esta es la hazaña nuestra, hazaña alcanzada con dolor, alcanzada con sufrimientos, alcanzada con sacrificio, pero de ella resultamos nosotros. ¿Qué somos nosotros? Con ese bloque humano de 500 millones de personas somos, sin duda, alguna cosa equivalente o sólo comparable a los chinos, a los eslavos, a los árabes o a los neobritánicos. Somos hoy día uno de los grandes bloques inconfundibles o distinguibles en la humanidad, bloque que no se puede ignorar. Eso somos nosotros.

La construcción de esta mole humana representó, como es claro, uno de los procesos más dramáticos de la humanidad. El proceso civilizador que más transformó el mundo. Los ladrillos y los cimientos utilizados en nuestro nacimiento fueron los más fuertes y los más dramáticos. De un lado, la voluntad de riqueza del español, del portugués que venía aquí. De otro lado, el tesón del imperio, de dominio, de expansión, y de un espíritu salvacionista cristiano, fanático, dispuesto a regir el mundo e imponer al mundo una fe. La gente de Europa perseguida por sus creencias religiosas, era gente que se recuperaba y se volcaba salvacionista, sobre el mundo. Estas son las bases. Los ladrillos: 100 millones de indígenas que gastamos, 100 millones de indígenas gastados en esos 500 años; y más 100 millones de negros. Hay quien habla de 20 millo-

nes de negros que llegaron a América, pero es necesario saber que en las cacerías en Africa moría la mitad, que en la travesía moría la otra mitad y al llegar morían de tristeza y pienso que también de un hambre infinitamente grande.

Esto es nuestro pasado, descrito a veces como una leyenda negra, negra o blanca esa leyenda es nuestro parto, un parto hecho con dolor, con sangre, con heces; de eso nacemos. Lo que se nos plantea es si estamos a la altura de este pasado y si asumimos la paternidad de esas matrices: la indígena, la negra, la europea; y asumir el compromiso 500 años después de realizar las potencialidades de estos pueblos que somos nosotros, para señalar con apenas la punta del orgullo: nosotros, latinoamericanos, somos más numerosos que todos los pueblos latinos; eso significa que la nueva romanidad está aquí. No se conoce bien el proceso —tal como se conoce, detalladísimamente, el proceso de nuestra formación— de cómo se hizo la romanidad. Cómo unos soldados romanos hablando latín, acampados en la Iberia y latinizando a portugueses y españoles, lograron que esa latinización fuera capaz de resistir 700 años de dominación árabe (y antes otras dominaciones también) y pudo mantenerse como la latinidad; pero fueron muy perezosos porque esos romanos se quedaron 500 años parados en la Iberia, ¡500 años de descanso! hasta que saltaron el mar, vinieron aquí y aquí se destacó esa prodigiosa, esta masa, esta energía espermática de unos pocos iberos; toda la Iberia serían 10 millones; Portugal, un millón; los hombres que pudieron mandar para acá fueron un número muy pequeño, sin embargo, estos pocos tuvieron la capacidad prodigiosa de multiplicarse por el mundo y sobre todo multiplicarse en el mundo latinoamericano. En ese sentido nosotros somos la hazaña de Portugal y de España. Lo que ellos hicieron en la historia, somos nosotros, y por eso podemos decir que ahora nosotros, los latinoamericanos, empezamos a cambiar de actitud, en lugar de mirar a los portugueses y españoles como nuestros padres nosotros comenzamos a mirarlos como nuestros hijos. La verdad es que el hijo es el que hace al padre, ningún padre sería tal si no tuviera un hijo, así es que los iberos tienen que aceptar esa proposición nuestra.

Además de la masa humana, del tonelaje humano que representamos nosotros, representamos algo más. En cuanto a masa humana somos comparables —como ya dije— a los grandes bloques. Pero en lo que nosotros somos incomparables es en la homogeneidad lingüística y cultural. Viajando a cien o doscientos kilómetros de Lisboa se detectan más dialectos que los que hay en Brasil. En Brasil las diferencias en el habla o de acento son mucho menores;

falsas. El clima. Decían unos que aparentemente el clima era el inconveniente. Se sabe que eso no es verdad. La mezcla de razas, una tendencia a presentar a los mestizos, a los indígenas, a los negros como incapaces para la civilización. Tampoco es verdad. La indicación de que la tradición ibérica, portuguesa, española no era muy buena colonizadora. En Brasil hay hasta la estupidez de unos idiotas que sienten nostalgia y reclaman: ¡Ah si los holandeses se hubiesen quedado aquí en Brasil todos nosotros tendríamos los ojos azules! Es una tontería. Lo que Holanda puede hacer como colonizadora es Sumatra, es Java, es Suriman o sea es una explicación completamente tonta. También se alega que la causa está en el catolicismo, mejor sería que fuéramos protestantes; que católicos confesando tanto, comulgando tanto, no sirve. No es verdad. Francia e Italia se confiesan, y comulgan también, y se desarrollaron.

Entonces la causa no está ahí. Hay unos que dicen que la causa es la pobreza, que somos pobres. ¡Mentira! La colonia más productiva y de mayor éxito en el mundo fue ésta. Nosotros multiplicamos el oro por tres o cuatro. O sea la cantidad de recursos que se sacó de América Latina no es comparable con la que se sacó de otras áreas. Durante siglos la economía de Brasil fue la del azúcar, y ésta pasó después al Caribe; ella fue la economía más próspera del mundo. Hoy asistimos a una cosa espantosa: nosotros somos los deudores más grandes del mundo, pero es una trampa, porque nosotros somos los mayores exportadores de capital del mundo. Más plata sale de América Latina para el mundo que la que sale de España y Alemania. O sea, nosotros estamos atrapados en un sistema de intercambio desigual que nos mantiene en esta situación de atraso. ¡Entonces no es la pobreza! Dicen unos ingenuos que es el atraso, que somos atrasados, que hay atraso tecnológico, mucho atraso. !Mentira! Nadie fue más avanzado en tecnología minera que América Latina. Nadie más avanzado para plantar café que América Latina. Parece que las tareas que nosotros estamos llamados a ejercer no han necesitado una alta tecnología y el conocimiento siempre ha estado aquí mismo. Norteamérica nunca tuvo una ciudad como Lima, como México, como Ouro Preto, como Bahía, como Pernambuco; nada, nada de eso se compara. Donde había una construcción civilizadora era aquí. El último argumento frecuente es que América Latina se encuentra rezagada porque es joven; sería una cuestión de juventud. ¡Mentira! Nosotros somos cien años más viejos que Norteamérica. Entonces no es por ahí.

Ahora bien, si nuestro atraso no se debe a esos factores tantas veces alegados, ¿a qué se debe? Hay un aspecto importante. En América Latina no ha habido un trasplante; tal como es el caso de

los llamados dialectos del nordeste, de Pernambuco o de Sao Paulo tienen diferencias dialectales menores que las que se detectan en Portugal. En España, mucho más. España nunca logró digerir a los vascos, a los catalanes, a los gallegos. España no fue capaz de hacer de ellos un mundo uniforme. Gallegos, catalanes, vascos son piedras que se quedaron ahí y que reivindican hoy que España se reconozca como una sociedad multiétnica y se estructure como un Estado multinacional. Este problema prácticamente para nosotros no existe, son sólo pequeños núcleos indígenas, nódulos muy pequeños los que conservan su indianidad porque en esa masa de 500 millones de latinoamericanos, 490 millones son gente hecha, rehecha, deshecha y conformada con su propia cara. Incluso yo diría que las diferencias entre el portugués y el español no llegan a ser las de un dialecto. Los dialectos son mutuamente inintelígibles. Lo que yo aprendí es que una semana después de vivir en países de habla española, yo pasé a hablar español o *portuñol*. Pienso a veces que este *portuñol* es equivalente al *españogués*; los amigos que invito al Brasil una semana después están hablando *españogués*. Entonces *españogués* y *portuñol* son las lenguas del futuro de América Latina integrada. También a esta homogeneidad en el plano lingüístico corresponde una homogeneidad quizás más profunda en el plano cultural. Si se tomara aquí en Caracas a cien caraqueños y se les pusiera en Bahía o Río, y si se tomara a cien cariocas o bahianos y se les pusiera aquí, nadie los notaría. Tenemos la misma cara, tenemos los mismos gestos, los mismos modales. Somos un solo pueblo, en un sentido mucho más profundo que cualquier otro. Si se observa lo que es la Unión Soviética, si se observa lo que es China, si se observa lo que es Europa misma, la unidad que hay allí no se compara con la nuestra. Claro que cierto precio, un terrible precio, se pagó para que se pudiera cimentar gente tan diversa, gente tan contrastante para hacer de todos una sola cosa. Eso somos nosotros, esa humanidad que surge y que ofrece al mundo una nueva cara de lo humano.

Hablé de la dimensión gigantesca de nuestra población, hablé de unidad y de uniformidad. La cuestión que se plantea ahora es por qué tantos pueblos, tanta gente hecha con tanto sacrificio sigue, después de 500 años, trotando rezagada en la historia. Nosotros tuvimos un desempeño mediocre en la civilización pasada y tenemos en este momento un desempeño mediocre. Esta es la cuestión: necesitamos lavarnos los ojos para ver, para mirar y para preguntarnos por qué. ¿Cuáles son las causas del desempeño menor de nosotros, latinoamericanos, en comparación con los norteamericanos? Mucha gente apeló a explicaciones que hoy son claramente

tomar a unos europeos y llevarlos a Norteamérica, a Canadá, a Australia, o a Nueva Zelandia, y una vez allí ver a la gente del país como un obstáculo, una suciedad que ellos tienen que barrer para reproducir el mundo que dejaron en Europa, sin ninguna creatividad. En los espacios del Nuevo Mundo ellos siguieron creando el paisaje de sus países de origen. Entonces son extensiones trasplantadas. Con nosotros no. Con nosotros el proceso es mucho más doloroso. Una masa de imperio por lo menos tres veces mayor que Iberia, como eran los aztecas, fue deshecha, descabezada, su dirección dominada, y a partir de esto ella hace un esfuerzo increíble para crecer. La misma cosa fue con los negros traídos para acá. Tuvieron que ser desafricanizados y los indios desindianizados y los europeos deseuropeizados para hacer la síntesis que somos nosotros; es una tarea mucho más dura que la tarea de un simple trasplante. Lo cierto es que esta América Latina nuestra de 500 años después es una cara diferente del fenómeno actual. Es una cara diferente, una cara propia, nueva, como nunca hubo otra igual. Es la cara de la cual Bolívar decía: ¿Qué somos nosotros que ya no somos indígenas, que ya no somos negros, que ya no somos europeos? Somos este acontecer que se está haciendo bajo nuestros ojos y gracias al trabajo de nuestras manos.

La última proposición que quiero hacer es que esta América Latina de una gran magnitud poblacional, esta América Latina homogénea, esta América Latina desgarrada, se presenta hoy fundamentalmente como nuestra tarea. A un mundo que se aglutina cada vez más en grandes bloques como la Comunidad Europea, la comunidad norteamericano-canadiense; también en comunidades como la soviética, y tan grande como la latina, tiene que agregarse la comunidad latinoamericana, comunidad que está llamada a realizar sus potencialidades. En verdad, la causa principal del atraso, del rezago de América Latina no está en aquellas alegadas causas, está en la mediocridad de nuestra clase dominante. Lo malo, lo ruin entre nosotros no es el pueblo negro, mestizo o indígena. Lo ruin aquí no son los feos, porque están subalimentados. Lo malo aquí, lo pernicioso aquí son los bonitos, son los intocables, son los riquitos, son los que siempre propusieron a América Latina un proyecto extremadamente mediocre.

América Latina es el área de la gran prosperidad, pero la gran prosperidad que no es capaz de generalizarse, de la prosperidad codiciosa, mediocre, cerrada, que es capaz de hacer hazañas formidables cuando eso da ganancias y utilidades pero es incapaz de asumir que la tarea nuestra es darle a nuestros pueblos altura, es darle a nuestros pueblos acceso a los bienes de la civilización. Es-

to lo puedo ejemplificar con mi país. Brasil fue capaz de substituir la gasolina por alcohol, entonces Brasil planta millones de hectáreas de caña de azúcar para producir alcohol: una hazaña. Brasil simultáneamente produce 20 millones de toneladas de soya porque se terminó la harina de pescado y la soya se necesita para engordar puercos en Japón o pollos en Alemania. Brasil es capaz de atender estos reclamos pero lo hace disminuyendo la cantidad de alimentos que deja para su población. Este es el tipo de prosperidad de una clase dominante mediocre, que busca sus ganancias y que nunca tuvo como su tarea hacer de la nación el cuadro de vida, de realización del destino de su propio pueblo.

Un día dijo Colón el mundo es poco y llegó hasta aquí, hace 500 años. Yo diría, no sólo el mundo era poco, ahora ya no es poco, porque el mundo necesitaba de nosotros, tenemos que estar ahí para atender al mundo que carece de América Latina, de una América Latina que realice sus potencialidades. Conozco el mundo, y sé que no hay mejor provincia en la tierra para hacer una nación unificada latinoamericana que ésta, nuestra América Latina, una América Latina que puede representar un papel muy importante en el mundo. Primero, porque somos más humanos, tenemos derecho a serlo, si fuimos hechos con más humanidad, con todo el talento y las taras de los negros, de los indígenas y de los europeos, tenemos más humanidad incorporada en nosotros.

Segundo, sufrimos tanto en otros procesos de nacimiento, que no es hambre de justicia, de educación, de libertad. Vemos, por ejemplo, en Cuba, un intento que apenas apunta lo que América Latina va a ser y va a hacer, seguramente. Cuba logró que todos fuesen a la escuela, y que todos tuviesen asistencia médica. Esas cosas son elementales, indispensables, porque sobre eso es que construiremos nuestra prosperidad.

Pero en el fondo mismo de mis sentimientos, el sentimiento que yo tengo es de alguna cosa que yo no soy capaz de expresar, porque no lo comprendo: ¿Cómo una gente tan sufrida, cómo una gente tan perseguida, con tantos círculos de sufrimiento hicieron de América Latina el pueblo más alegre de la tierra. Un pueblo con voluntad.

Andando por Finlandia, por Alemania, vi mucha gente gorda, por Polonia, por todos lados; bien nutridos y tristes, horriblemente tristes. Nosotros, quizás por el sufrimiento mismo, estamos armados de un tesón, el tesón de hacer el mundo en belleza, en dignidad, en libertad, en prosperidad generalizada.



Leopoldo Zea

Nuestra identidad nos hace iguales a todos los hombres

Estamos en vísperas de un nuevo milenio. Cumplimos 500 años de historia y el problema por mucho tiempo ha sido dilucidar qué clase de hombre es este hombre de esta región que llamamos América Latina. Es un problema de identidad que nos vino impuesto, ya que nosotros entramos a la historia bajo el signo de la dependencia. Fuimos descubiertos, conquistados y colonizados. Ya se ha dicho aquí lo que dijo Bolívar, que somos indios, españoles, americanos, europeos. Pareciera que estamos obligados hacia una amputación, a elegir lo uno o lo otro. Para ser europeo, negar al americano. Para ser español, negar al indio. Queriendo ser como el padre, español, negar a la madre indígena. Ese ha sido nuestro gran problema: qué ser, qué somos. Lo uno o lo otro. Pero esto nos venía impuesto por la relación en que entramos a la historia.

Se ha discutido si 1492 ha sido el año del descubrimiento o del encuentro. Yo me he permitido decir que es el quincentenario del encubrimiento. Y no es peyorativo, porque ya Colón, los españoles, los europeos, vieron en América lo que querían ver, lo que podían ver. Uno cuando encuentra algo nuevo, lo analiza en función de su formación. Entonces Colón pensó que eran asiáticos. Otros pensaron que eran bárbaros. Otros pensaron que era gente inferior y así fue cambiando la historia. A su vez, los que recibieron el impacto pensaban, por sus leyendas, que eran dioses. El hecho es que no son, ni dioses, ni bárbaros. Son hombres distintos, hombres diversos. Entonces nuestro gran problema es aceptar esa diversidad.

Colón inicia esa hazaña cuando sale del Puerto de Palos, la misión que lleva es comercial, mercantil, negociar con el Gran Khan de Asia, Gran Khan de Mongoles, Gran Khan de China. Y se encuentra con esa región que es América que no tiene dueño, no tiene religión. El la describe en su primera carta, como gente desnuda, buena y miedosa. Al encontrar que esa región no tiene dueño, y que el Gran Khan cada vez está más lejos, empieza a tomar posesión de toda la región. Comienza así en 1492 la gran hazaña de la conquista. Desde entonces el punto ha sido romper con esa relación de dependencia que nos ha planteado tremendamente el problema de nuestra identidad.

¿Qué somos? Indios, españoles, americanos, europeos, africanos, asiáticos. Somos todo eso, es decir, no tenemos por qué negar esa diversidad. Cuando se habla del problema de identidad, nos negamos a aceptar nuestra identidad. De acuerdo a una plática que tuve con el presidente Alan García, me decía ¿Cuál es nuestra identidad? Le digo, la tenemos con nosotros, nada más que no nos gusta. Quisiéramos tener otra identidad. Cuando la mujer tiene ojos negros, quiere tener los ojos azules, el pelo lo quiere tener rubio. Es decir, esa identidad que tenemos no nos satisface, no nos gusta, pero es nuestra y tenemos que asumirla. Esa identidad no suplantó a ninguna otra identidad. Es una identidad riquísima.

¿Qué hemos descubierto a través de estos 500 años? Una vez que se logra la Independencia, nos encontramos que la identidad que nos ha sido impuesta, a nuestra opinión, es la identidad del dominio español. Entonces se habla de romper esa identidad que no es nuestra ¿cómo? aceptando otra identidad extraña, siendo como los europeos, o siendo como los norteamericanos. Seamos los yanquis de América del Sur. Queremos perder nuestra identidad anulando todo nuestro pasado y aceptando una entidad que nos es extraña, y con esa entidad extraña aceptamos también el dominio de los dueños de esa identidad. Entonces entramos de una dependencia a otra dependencia. Esto parece que no termina nunca, sin embargo al finalizar el siglo XIX, se empieza a tomar conciencia de que todo es historia, todo es lo que hemos sido; eso es lo que somos. Lo que tenemos hay que hacerlo nuestro y asimilarlo.

Cuando se habla de la nordomanía, el querer ser del Norte, ser como del Norte es una falsedad. No podemos ser otros que nosotros mismos, no podemos ser distintos a lo que somos nosotros. Entonces somos eso y tenemos que asimilarlo. ¿Cuál es nuestra identidad? Simplemente la de hombres, como hombres somos diversos, múltiples, somos multitud de personalidad de personas diversas, no tenemos por qué tomar un modelo único de personali-

dad. Decía Descartes, todos los hombres son iguales por la razón. Vamos a decir nosotros, todos los hombres son iguales por ser distintos. Hay que aceptar que nuestra identidad ncs hace iguales a todos los hombres. Somos hombres entre todos los hombres, y hay que asimilar y hay que luchar por esa identidad de la que hemos tomado conciencia. No somos inferiores, ni superiores ¿qué somos nosotros? ¿occidentales? Decía Uslar Pietri, somos occidentales, no, somos americanos y como americanos tenemos lo occidental con nosotros. Somos más ricos que el Occidente, ¿sómos europeos? ¿somos americanos? Yo recuerdo una anécdota de cuando era director de Relaciones Culturales de México. Me tocó llevar la exposición de Arte Mexicano a Europa y fui a París y allí se encontraba el ministro de Cultura. Estaba entusiasmado con todo el arte indígena maya, azteca, y en un momento me dice: señor, usted debe estar muy orgulloso de este arte maya y azteca, como yo europeo estoy orgulloso del arte griego, romano, etc. Entonces, me permití decirle: pero con una diferencia, tengo más que ustedes. Entonces me dice un poco molesto: qué dice usted, señor. Digo: sí, mire, ese arte maya y azteca es solamente nuestro, pero además es nuestro el arte de ustedes; ese arte europeo, es también nuestro. Entonces me dijo: tiene usted razón, señor; es decir, que nuestra identidad se sentirá mucho más rica que cualquier otra identidad del mundo; una identidad muy superior. Hemos logrado asimilar multitud de identidades, respetándose mutuamente y creando ese mundo que es América Latina.

Lo que nos pasa es que no nos atrevemos a aceptarlo, tenemos dudas de que poseamos una identidad propia. Creo que este continente americano, y vale también para los Estados Unidos, está mestizado. Ya en los Estados Unidos, la minoría *wasp* es cada vez una minoría más grande; es decir, hay una mayoría que está asimilando, que está mestizando al mundo entero. Inclusive también a Europa la veo muy mestiza, cada vez veo más gente que ya no es europea, africana, asiática; es decir, que hay una mestización total. Y en esa mestización hemos sido pioneros, hemos adelantado los tipos de mestización, hemos mezclado un mundo más rico de respeto mutuo. En lugar de buscar una relación vertical de dependencia, hay que buscar una relación horizontal de solidaridad. Habría que preguntarse no qué ha sucedido 500 años después, sino qué vamos a hacer con 500 años de historia; qué vamos a hacer con esa experiencia que tenemos, ¿vamos a seguir pensando que somos inferiores? O va a ser la experiencia un instrumento de desarrollo, de riqueza en el sentido humano auténtico, y participar en el mundo, como iguales ante iguales, como pares entre pares.